

¿SE PUEDE OPINAR DEL PAPA?

LEIA estos días el libro de un jesuita africano que describe la visita de un negro a Europa. Todos deberíamos leerlo, porque en él encontraríamos una gran verdad: que nosotros, los occidentales, no somos el centro del mundo, ni nuestras cosas son las más importantes.

El protagonista —Oboloungué— no puede por menos de exclamar: «Los blancos son unos tipos extraños».

¿Por qué? Por lo mismo que he dicho antes: por nuestro afán de poner en primer término nuestras cosas y creernos los únicos importantes en el mundo entero.

Hace unos años —antes del Concilio— circulaba un chiste sobre el cielo: era una parodia de nuestro catolicismo español. San Pedro —según el chascarrillo— había tenido que poner un muro de separación en el paraíso, para que los católicos hispanos no vieran a todos sus colegas celestes, y se llevasen una gran desilusión si comprobaban que allí estaban también los temibles y peligrosos —eso creíamos nosotros entonces— católicos franceses.

Nuestra historia, desgraciadamente, se repite.

Durante el III Congreso Mundial del Apostolado Seglar hubo un comentario general: el estado de salud del Papa. Le habíamos visto enfermo, muy enfermo, en la Basílica de San Pedro; casi sin aliento, sólo pudo leer una parte de su discurso al Congreso, no estaba en condiciones de poder leerlo todo, y por eso se preparó a dos Cardenales para que le ayudasen en este cometido. A casi nadie extrañó que el tono de este discurso se resintiera de su decaída salud. Y, esto, se comentó también. Fue voz casi general que le faltaron aliento y claridad.

Y nadie se escandalizó por ello. Al contrario: hablar con naturalidad de este hecho parecía más bien una muestra de afecto hacia el preocupante estado de salud física del Pontífice.

Pero al llegar aquí, a este país del papismo a ultranza, donde se ha dicho —incluso en pleno Concilio— que debemos ser «más papistas que el Papa», experimentamos la misma extrañeza del negro Oboloungué al venir a Europa.

Nuestro catolicismo, en grandes sectores, carece de perspectiva; y por eso es rígido, suspicaz, denunciador. Y el que —amando como ama a este pueblo universal que se llama Iglesia— regresa a este país de origen, se encuentra otra vez con la hosquedad, la apelación al «yo soy más católico que nadie», y al escándalo por nimiedades, interpretadas con un sentido que no tienen. Y esto ocurre tras haber bebido las aguas limpias y serenas de otras tierras cristianas —en realidad de casi todas las demás tierras católicas, en Roma representadas durante ese Congreso—.

Al parecer no nos es posible a muchos dejar de juzgar a los demás y hacer de ellos una oveja expiatoria, que recogiera en sí misma todos los pecados anticatólicos.

Yo, tras ese viaje esperanzador, contesté —junto con otros católicos que allí estuvimos— a una entrevista que una pequeña, casi minúscula, revista de apostolado laical, sin apenas lectores, hizo.

Allí quise expresar —bajo un título un poco explosivo en el que nadie hicimos hincapié— eso mismo que en Roma vi. Pero para mi desgracia lo hice con demasiado pocas palabras, y la imaginación de algunos de estos católicos españoles, a que aquí me refiero, trabajó a marchas forzadas figurándose lo que no había en mi intención.

Lector asiduo de los discursos del Papa, inconscientemente había hecho la comparación entre estas palabras de Pablo VI y las que en 1963 había dirigido a la ciudad de Frascati gritando casi: «Es la hora de los laicos». Como también tuve en cuenta otros discursos, como el de 1964 a los Graduados católicos, en que la labor del seglar respecto al mundo quedaba clara y vigorosamente delimitada. Eso es lo que —poco o mucho— he vivido durante los doce años que vengo ejerciendo un cargo de apostolado intelectual. Cargo de Acción Católica para el que fui elegido, y confirmado año tras año, espontáneamente por la Jerarquía; y al que voluntaria y libremente he renunciado el 18 de diciembre último, por no encontrar representadas nuestras inquietudes intelectuales de manera suficiente en la nueva estructura que se ha dado a la Acción Católica, en cuya confección habíamos participado los Graduados católicos sin conseguir algunas de nuestras esperanzas fundamentales.

Sin ruido alguno —porque la cosa no quería que tuviese más importancia— me alejé de ese campo de responsabilidades para seguir batallando más libremente con mi pluma y con mi palabra. Eso fue todo.

Pero no resulta fácil hacer esto para ciertos ambientes católicos conservadores: la disconformidad sencilla, cordial y sin pretensiones, no se acepta

ni respeta. La disconformidad se sufre y se paga, quieras o no quieras. Y, además, hay que bucear dentro de lo más íntimo de la persona, sacando a relucir aquello que ni es, ni hay fundamento para pensarlo; pero que si conviene a muchos que hubiese sido.

Ha salido en letras de molde que yo he ido contra las enseñanzas de Pablo VI, que he faltado con presuntuosidad y soberbia —y no hago más que copiar palabras textuales— al respeto debido al Papa.

Pero el mundo es algo más complicado de lo que creen esos católicos que tan fácilmente se rasgan las vestiduras. Como lo demuestra que, en esos días precisamente, se había recibido en la redacción de TRIUNFO una carta de un norteamericano, lector asiduo de mis artículos, que conforme con mis ideas, no participaba, sin embargo, en mi afición —según él— demasiado condescendiente hacia Pablo VI.

¿Quién puede comprender que una misma realidad sea tan evidentemente contradictoria? Y no obstante así es, en buena medida, una gran parte de nuestro católico país.

PARA colmo de desdichas se me atribuye la opinión de que se debe criticar al Papa, por fas o por nefas, sin más responsabilidad ni matización, por parte de algunas declaraciones que, por supuesto, no están escritas textualmente por mí, sino más o menos bien recogidas de palabra por otros.

Y aquí está el problema independientemente del incidente tan bien orquestado de mi dimisión, o de mi breve comentario al discurso del Papa: ¿en determinadas circunstancias puede un católico opinar acerca del Papa?

Y mi contestación es: sí, se puede y en ocasiones se debe ejercer con las autoridades eclesiásticas esta penosa y difícil responsabilidad.

Si para demostrarlo he alegado que hubo un San Bernardo que amonestó duramente a su dirigido espiritual, el Papa Eugenio III, se me dice que esa amonestación la hizo en privado. Y, sin embargo, la historia nos asegura que esas notas críticas de San Bernardo al Pontífice se publicaron en su época en cinco libros reunidos con el título «*De la Consideración*», y se sabe que el tercero de estos libros —el más directamente crítico contra las cosas que pasaban en la Santa Sede— «*vió la luz en 1152*» (Obras Completas, tomo II, ed. B. A. C.).

Si digo que Santa Catalina de Siena no escatimó sus severos juicios con los Papas de Aviñón, cosa que no fue ningún secreto en su tiempo, o que escribió en su libro del *Diálogo* terribles diatribas contra el clero de su tiempo (parte III, cap. II), se me dice que fue una Santa, y que no puedo pretender hacer lo mismo que ella. Pero, entonces, me pregunto: ¿para qué elevó a los altares la Iglesia a tales figuras; para imitar sólo sus rezos y penitencias, o para tomar ejemplo también de su actitud ante los acontecimientos religiosos de su tiempo?

Si afirmo que San Antonio de Padua —el sencillo fraile franciscano— criticaba los excesos y la falta de responsabilidad de los Obispos de su época, se me asegura que esto nunca se debe hacer de cara al pueblo, porque escandalizaría su fe. Y, sin embargo, San Antonio hacía lo contrario, porque pronunciaba todos esos duros juicios en sus sermones populares; y sus palabras nos chocan hoy, a los más abiertos, porque caen casi en el sarcasmo, cuando habla de muchos Obispos y superiores (Sermones, citados por J. M. Díez Alegria, S. J., en «*ACTITUDES CRISTIANAS ANTE LOS PROBLEMAS SOCIALES*», ed. Estela).

Y el fraile J. Savonarola, O. P., ¿no se dirigió públicamente contra Alejandro VI? Pero, cuando recuerdo esto, en seguida se me dice que —gracias a Dios— fue quemado vivo para general escarmiento de los osados inconformistas que puedan surgir dentro de la Iglesia. Sin embargo, me quedo sorprendido al leer la verdad histórica, la que se cuenta en la *Vida de San Felipe Neri*, escrita en el siglo pasado por el Cardenal Capecelatro. San Felipe, este gran santo amigo de Papas y Cardenales, guardaba y veneraba en su celda una imagen del rebelde dominico, que tenía una aureola de rayos de luz porque le consideraba como un santo. La misma consideración en que tuvieron a Savonarola, Santa Catalina de Ricci, San Francisco de Paula y tres Beatas más, y Papas como Julio II, Clemente VIII y Benedicto XIV, que le consideraron merecedor de estar inscrito en el catálogo de los santos y en el de los doctores de la Iglesia (véase también la *Historia de los Papas*, del historiador católico C. Castiglioni, ed. Labor).

No, no pueden estar equivocados esos santos, ni puede estarlo tampoco

Por ENRIQUE MIRET MAGDALENA

Santo Tomás cuando en su Suma Teológica (q. 33, a. 4, 5 y 7) mantiene las siguientes tesis:

1. «La corrección..., cuando es un acto de caridad, pertenece ejercerla a cada uno respecto a todos aquéllos a quienes se les debe amar, si veo en ellos algo que hay que reprender». Y esto se aplica lo mismo a inferiores, a iguales, que a superiores; pero, cuando se dirige tal corrección a un superior dice el Santo que debe ser «respetuosa».

2. La palabra del Evangelio que pide corregir en secreto está claro que «no se aplica cuando el pecado es una amenaza para los demás».

3. Y tampoco tiene aplicación esa restricción «cuando se trata de un peligro para la fe (porque) los superiores, en este caso, deberían ser corregidos por sus inferiores incluso públicamente».

4. Todo esto no sólo deben hacerlo los perfectos, ni sólo los santos, puesto que «el derecho de corrección pertenece a todo el que posee el juicio recto inherente a la razón, y como el pecado no corrompe de tal modo las cualidades naturales que no dejen subsistir, en el que lo comete, algún juicio recto, en esa medida le puede corresponder (al pecador) el reprender la falta de otros».

Esa es la doctrina católica corriente; aunque ciertos libros de moral, como recordaba el profundo teólogo Padre Gardeil, O. P., «después de haber reconocido el precepto —de la corrección fraterna— como un ideal, se las ingenian para endulzarlo de tal manera que apenas si queda algo de él en la práctica. (Pero) no lo entendían de esta manera los grandes doctores S. Agustín y Santo Tomás».

NO he querido, más que explicar la doctrina católica común, y no la de avanzados y revolucionarios teólogos, sino la del que es más clásico.

Aunque en mi caso, he de confesarlo, no tenga aplicación tal doctrina, porque ni he intentado ni he pretendido corregir al Papa en su discurso al III Congreso Mundial de Apostolado Secular, como lo verá cualquiera que lea el texto inocuo de lo que escribí literalmente sobre él.

Sin embargo, ahí está lo que enseña el catolicismo, por si alguno no lo conocía. Y está a la vista de todos, sin ocultarlo bajo el polvo de los infolios tradicionales que el católico conservador se apresura a desempolvar, excepto cuando no le conviene que se conozca lo que aquí digo.

Si alguna vez uno escucha lo contrario, o le castigan por sentirse obligado a este penoso deber que recuerda Santo Tomás, que medite en lo que enseñaba el Papa Pelagio: «cuando la sentencia condenatoria es injusta, no hay que preocuparse: no se está ligado culpablemente respecto a Dios ni respecto a la Iglesia, ni siquiera hay necesidad de recibir la absolución, puesto que no tiene una ligadura alguna» (C. Loubet, *Savonarole, prophète assassiné?*, ed. Centurion, París).

Yo opino bien de Montini como persona —cuando a muchos no les gustaba cómo ejerció su cardenato—; y de Pablo VI como Papa, cuando ciertos conservadores le critican no sólo «sotto voce», como puede uno comprobar al leer en España algunas publicaciones católicas que han alabado al abbe de Nantes, a pesar de haber sido suspendido en sus funciones eclesiásticas por su propio Obispo, por oponerse públicamente a la doctrina del Concilio y de Pablo VI, que es quien quiso llevarlo a cabo; que han puesto como modelo de ortodoxia y seguridad doctrinal a la revista francesa integrista LE MONDE ET LA VIE, que puso en ridículo a Juan XXIII y Pablo VI, por haber realizado el Concilio o reproduciendo, como ha hecho alguna de estas publicaciones, un artículo de una revista inglesa calificando de pobre hombre a Juan XXIII.

Y, sin embargo, no quiero ser tan servil que me olvide de la doctrina constante de los Papas pidiendo sinceridad con la propia conciencia, porque la obediencia que se le debe a ésta es superior a la de cualquier mandato humano —eclesiástico o civil—, y siguiéndola practicaré una sumisión superior a la del legalismo, porque seguiré «la obediencia a la verdad conocida» (San Ignacio de Loyola, M. I. Ep. IV, pág. 674).

La crítica agria, sistemática y negativa puede ser destructora: la opinión franca y sincera, ejercida públicamente cuando la conciencia lo pide, es un deber penoso, pero necesario a la Iglesia, según nos recuerdan tres teólogos bien distintos: los Padres O. Semmelroth, S. J., Hans Küng y Chenu, O. P.

LEGRAIN
dedica
a la juventud



talon
rouge

NUEVA COLONIA JOVEN
pretenciosa en su calidad
discreta en el precio

En la misma línea:

STICK DESODORANTE
ACEITE DE BAÑO



OTRA CREACION

LEGRAIN

PARIS